

Un grupo de terroristas ha tomado como rehén a un senador en Coruscant, y depende de un equipo de intervención de comandos clon controlar la peligrosa situación.



Escuadrón Omega

Objetivos

Karen Traviss



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Omega Squad: Targets*

Autor: Karen Traviss

Ilustraciones: Robert Hendrickson

Publicado originalmente en la revista *Star Wars Insider 81*

Publicado en español en *Star Wars Magazine Nº 25*.

Publicación del original: marzo 2005

22 años antes de la batalla de Yavin, 4 meses después de la batalla de Geonosis

Traducción: Star Wars Magazine

Revisión: Darthberth, Bodo-Baas

Trascripción: Darthberth

Maquetación original: KSK

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

02.02.16

Base LSW v2.21

Declaración

Cuartel general. Operaciones Especiales. Coruscant: Sede de la compañía Arca.

—No te detengas —dijo Fi—. Vamos, dispárame. Haz el peor daño que sabes hacer.

Sostenía las armas alejadas del costado, insinuando claramente que dispararía a su camarada. Atin levantó su pistola demoledora, característica de los Verpine, y la afianzó con las dos manos, sujetado la culata con la mano izquierda.

—Eres un fanfarrón, Fi —dijo.

Atin apretó el gatillo. La coraza que cubría el pecho de Fi desprendió una nube de polvo mientras se oía un fuerte crujido y a continuación se precipitó contra la pared de la sala. Los Verpìne eran silenciosos, salvo ante el impacto y el estruendo que normalmente seguía a los disparos. Fi no gritó. Sin embargo, tras su visor, su boca denunciaba un «oh» callado de dolor.

Atin se detuvo frente a Fi y comprobó tanto la coraza como la estancia del Verpine antes de despojarle de sus prendas. A continuación, se quitaron los cascos y giraron alrededor en busca del proyectil que habían empleado. Fi recogió un disco aplanado de metal cuyos bordes se habían abierto y curvado, como una flor en primavera, y la lanzó al aire para que Atin lo capturara al vuelo.

—Perfecto, las mejoras de actualización han dado resultado —dijo Atin—. Pero no puedes reprocharme haber hecho esta comprobación. Pasé un mes en un tanque de bacta gracias a uno de estos.

Fi no confiaba en Aprovisionamiento mucho más que Atin, especialmente cuando había más de 10.000 juegos de equipamiento muy caro por actualizar. Renegaron de los gastos que suponían, pero ahora todo, desde los sistemas de protección hasta los rifles DC-17, se había endurecido para luchar contra los ataques electromagnéticos y los Verpine, los dos puntos débiles que casi acabaron con ellos en Qiilura.

Fi se quitó el casco y pasó los nudillos por la superficie.

—Bueno, un cañón láser no va a darnos ahora más dolores de cabeza.

La puerta se abrió con un leve crujido. Niner, con aspecto adusto de responsabilidad y su traje negro, permanecía inmóvil en el umbral. Darman se encontraba detrás de él, armado y sujetando el casco bajo el brazo.

—¿Has oído ese ruido? ¿Qué es? —dijo Niner.

—Probando la nueva coraza, jefe.

—Más bien probando mi paciencia. —Entonces, rechinó los dientes, igual que solía hacer Kal Skirata. A medida que pasaban los días Fi podía observar en Niner más y más aspectos de las costumbres del sargento anterior. Lanzó su mirada alrededor.

—¿Has disparado aquí el arma?

—No pasa nada, jefe. Llevamos los cascos —dijo Atin con seguridad. A menudo precauciones como esta apaciguaban a Niner—. Nunca te puedes fiar de Aprovisionamiento.

—Bien, se acabó el juego. Ya tenemos trabajo. Sitio armado en el puerto espacial GC.

—¿No disponen ya de policía civil para ese tipo de cosas? —preguntó Fi—. Lo próximo será que dirijamos el tráfico.

—No cuando hay rehenes y uno de ellos es un Senador. —Niner tendió la mano a Atin para enseñarle el Verpine, lo estudió y volvió a dejarlo—. Nunca se habían enfrentado a nada parecido de estas proporciones y han oído que somos los adecuados para solucionarlo.

Fi cogió su mochila de la taquilla.

—De todas maneras, no tenía ningún plan especial para esta noche. —Atin tenía razón: era un fanfarrón. Se volvió a convertir en dos hombres, como solía hacer cuando tocaba trabajar: el comando que estaba impaciente por poner a prueba sus fenomenales aptitudes ganadoras y el chiquillo asustadizo, inseguro ante la posibilidad de no l egar vivo al día siguiente. Entonces se vio preocupado por si había apuntado en el registro al Verpine al salir del arsenal. De todas maneras, ¿supondría mucho esfuerzo un sitio armado? Él tenía en su poder su coraza Katarn y, junto a sus camaradas, se enfrentaría a un ejército reducido.

Todos ya sabían prácticamente cuál sería el resultado final.

Atin le dio un empujón y se metió al Verpine en el cinturón.

—Detrás de ti.

Quizás Atin estaba pensando lo mismo.

Avance de Holonoticias, 15:30 horas: *Se especula que el Senador Meena Tills se encuentra entre los seis rehenes retenidos por una banda armada en el puerto espacial de la Ciudad Galáctica. La policía ha acordonado la zona y tanto el tráfico de la ciudad como los vuelos interplanetarios han sido desviados. Se prevén grandes retrasos. Les mantendremos informados.*

La Ciudad Galáctica, en Coruscant, era fantástica.

Fi se asomaba en la nave de asalto de la policía con su rifle DC-17 bien sujeto contra la coraza con cada viraje y bandazo que hacía el vehículo. El viento se colaba en la bodega de la nave, alisándole el pelo y salpicando de arena que chocaba contra su coraza y su cara. Nunca jamás había presenciado el brillo de tantas luces de color: los bulevares y los carriles del espacio se extendían tanto por encima de su cabeza como por debajo. Con razón llamaban a ese lugar El Abismo.

—¡No saques la cabeza! —exclamó el piloto—. ¿Acaso crees que estás haciendo turismo o qué?

Fi se asomó un poco más, confiando en el arnés de seguridad.

—Pero, ¿no crees que es fantástico?

—Sí, en cada maldita curva —dijo el piloto sin ganas—. Por favor, no dejes que se asome.

Niner le dio un tirón.

—Fi, no asustes a los civiles —dijo—. No resulta agradable. Y haz el favor de ponerte el casco.

El espacio aéreo estaba colapsado de vehículos. El piloto de la Fuerza de Seguridad de Coruscant trataba de desplazar el VAAT/e, hecho a medida, entre el embudo de vehículos de civiles en tres direcciones, al tiempo que maldecía el tráfico. El rugido latente del claxon de emergencia y los destellos de luz de los faros eran suficientes para hacerse camino. Sin embargo, el atasco parecía interminable. Los speeders, en busca de espacios inexistentes entre los vehículos, casi rayaban la chapa de la nave: una nave de asalto de 25 metros no cabía demasiado bien en los estrechos carriles del espacio.

Todo lo que Fi había visto de Coruscant eran cuarteles y barracones cercados por muros de seguridad. Ninguno de los comandos había protagonizado un desembarco, una aventura social que Skirata había sugerido experimentar, al menos, una vez en la vida. Desde la plataforma de la tripulación se podía ver cómo multitudes de todas las especies se exprimían contra las barreras, tiendas con luces brillantes, bares y apartamentos, lugares exóticos e inimaginables que invitaban a visitar. Sí, algún día haría ese desembarco.

La Brigada Omega hablaba en privado por el comlink de sus cascos, audible sólo entre ellos. Fi miraba el mundo exterior y se aislaba en el espacio agridulce de su propio casco, al tiempo tranquilizador y reducido.

—Recibiendo los esquemas, compañeros —dijo Niner—. Y una visualización en tiempo real.

El dispositivo de visualización de Fi se llenó de líneas e imágenes volantes. La imagen que Niner había transmitido desde su libreta de datos era el mapa del edificio del puerto espacial: largos pasillos que conducían a salones abovedados y áreas de servicio, múltiples oficinas alineadas alrededor de más corredores y conductos de electricidad que aparecían en luz verde sobre la imagen. Superpuestos en la parte superior de la vista general, en la imagen en tiempo real de la zona de llegadas del puerto espacial principal se podían apreciar diversos Guardias del Senado con corazas de color azul y brigadas FSC con trajes amarillos agachados tras las barricadas, y algunos de ellos parecían distraerse en animadas conversaciones.

En la bodega apareció la figura de holograma azul de un hombre, un poco panzudo, pero con un aspecto que denotaba que todavía tenía que ofrecer lo mejor de sí.

—Aquí el Comandante Obrim, Guardia del Senado. ¿Ve esto, Omega?

Niner dijo:

—Lo tengo.

—Se han escondido en uno de los pasillos del despacho de aduanas y han amenazado con hacer detonar sustancias explosivas. Hay dos juegos de puertas: les dejamos que controlen uno de ellos para que se tranquilicen y así evitar que cometan estupideces.

—¿Cuántos están confirmados?

—Seis pasajeros, de los que estamos intentando lograr fotografías. —Si bien era cierto que Obrim no había participado en un juego como este, mostraba algo de sentido común—. Los testigos informan de que hay cuatro intrusos armados con blasters y con

mochilas, que probablemente contienen explosivos. Todavía no disponemos de su identidad, pero todos ellos se encuentran en el mismo vuelo.

—¿Algún contacto con los objetivos?

Entonces se produjo una pausa.

—Si te refieres a la banda, han emitido órdenes y cuentan con un comlink seguro.

—¿Y dices que gozas de supremacía? ¿Acaso tú te encargas de todo esto? —Fi podía detectar un ápice de duda en la voz de Niner—. Tenía entendido que la ciudad se encontraba bajo mando FSC.

—No mientras estén en peligro un Senador y su asesor —dijo Obrim. El holograma empezó a temblar de nuevo—. Obrim, corto.

El piloto FSC detuvo la nave de asalto repentinamente. El mármol blanco y negro de la fachada de la terminal del puerto espacial empezó a brillar con el reflejo de color rubí del rotativo de la policía. La parte frontal del edificio era un hervidero de speeders y otras naves de emergencia que no hacían más que estorbar e impedir el acceso al pasillo.

—No puedo acercarme más —dijo el piloto—. Tendréis que seguir el camino vosotros mismos.

—No esperes recibir una propina —dijo Fi, preguntándose de dónde habría sacado esa frase.

—Somos ciudadanos de Haruun Kal. La República ha lanzado una ofensiva contra nuestro mundo y ahora amenaza con una nueva guerra contra nuestro pueblo. Replegad vuestras tropas de nuestro planeta inmediatamente o podemos llegar al núcleo de la República. —(Mensaje transmitido a la sala de prensa RHN por Nuriin-Ar, líder del grupo en pro de reclamar responsabilidad por el incidente de los rehenes).

Fi apoyó las piernas poniendo las botas en la parte exterior de la barandilla de la nave. Aplicó un último apretón a la cuerda de rappel para comprobar que estaba segura antes de descender quince metros hasta el suelo, preparado con su DC-17 en una mano, mientras un océano de caras expectantes le observaban con la boca abierta desde detrás del cordón policial.

De repente, notó un movimiento en su visión periférica, lo cual le hizo levantar el rifle. Una cámara aérea con el logotipo RHN permanecía inmóvil cinco metros a su derecha, muy alejada dentro del cordón, aunque destacaba en la limpia fachada blanca del puerto. En realidad no había motivo para intentar ocultarse, puesto que estaba en las noticias y probablemente su objetivo estaba vigilándole. El resto de la brigada podía ver el campo de visión de Fi a través del icono de los comlinks de su casco.

—Yo diría que esa cámara jamás había visto un Decé —dijo la voz de Darman.

Fi puso sus botas en suelo firme sobre el pavimento y apuntó. La cámara aérea enfocó a la izquierda y luego a la derecha de su alcance con cierta rapidez, pero no lo suficiente.

—Ahora sí.

Justo después de explotar la cámara aérea, se oyó un «¡eh!». El resto de la brigada Omega bajó y todos corrieron hacia la entrada de la terminal.

—¡Has disparado a mi cámara! —dijo a gritos una mujer que se encontraba entre la multitud que observaba.

Llevaba un tabardo amarillo con la palabra PRENSA estampada en letras bien grandes.

—¡Has disparado!

Fi agachó la cabeza hasta tocar su guante con el casco, como en señal de respeto, aunque de todas maneras estaba convencido de haber realizado un buen tiro.

—¡Ay! Discúlpeme, señorita.

Empezó a correr detrás de los demás, consciente de que la multitud le miraba. Fi comprobó que su coraza parecía segura y en buen estado. Sin embargo, se percató del miedo de todas aquellas personas al advertir la expresión de varias de ellas.

Y los civiles no eran los únicos maravillados por el espectáculo que ofrecía la brigada Omega. La Guardia del Senado y los oficiales FSC del punto de control también miraban. Obrim terminó una discusión cara a cara con un teniente FSC, reculó desde la barricada de defensa y a continuación se alzaron los escudos antiexplosión móviles en un radio de diez metros en el vestíbulo de la aduana.



—Veo que vienes muy bien equipado —dijo Obrim, mientras observaba los DC-17 con un marcado aspecto de alarma. Entonces, deslizó suavemente su modesto blaster de policía hacia la espalda—. Ya sabes que no llevarán tanques de la Federación de Comercio.

En ese momento, Fi confirmó que la policía tenía todavía mucho que aprender acerca de sitiar un lugar. Uno podía hacer cualquier cosa con un Decé: con un solo giro de muñeca podía convertirse en un rifle de francotirador, en un lanzador de granadas o en un blaster normal. Incluso se podía golpear a alguien con el arma, aunque Fi todavía no se había visto en la necesidad. Procedió a comprobar la hoja vibrante del guante de un modo diferente al que solía hacerlo y el sonido sibilante al alargarse y contraerse hizo que Obirm se estremeciera.

Niner volvió a rechinar los dientes de ese modo tan molesto y Fi entendió el mensaje.

—En primer lugar, debemos colocar una cámara ahí de manera que podamos ver qué ocurre —dijo Niner. Entonces, hizo señas a Darman y a Atin para que se acercasen—. Las fotografías, Comandante. Necesitamos saber a quién disparamos.

—Pareces impaciente.

—Si no eres un rehén, deberás apresarlos, lo cual significa que estarás muerto pocos segundos después de entrar. Odio cometer errores.

—¿Qué quieres decir exactamente con «entrar»? —Entonces, el teniente FSC, que llevaba una insignia que rezaba DOVEL, se interpuso entre ellos—. Soy el comandante de forma provisional. Yo decido cómo y cuándo debemos entrar. Un Jedi va a venir a negociar con el líder.

Darman sacó un paquete de su mochila y empezó a extraer rollos de munición y detonadores de alto rendimiento. Mientras tanto, miraba hacia las puertas de seguridad como si hiciese cálculos.

—De todas formas colocaremos la munición en su sitio por si acaso.

—No, así no es como lo haremos —dijo Dovel—. No queremos que los rehenes se carbonicen. Nada de asaltos ni actos heroicos. Todavía no.

De pronto, Obrim interrumpió su discurso.

—El Comité de Seguridad del Senado quiere que acabemos con esto lo antes posible para demostrar a Hamrun Kal que controlamos la situación. Lo que no pueden hacer es venir hasta aquí, secuestrar a un Senador y mantener a raya a las mejores figuras de la República.

—Quizá las mejores figuras de la República, o tú, hablando con propiedad, deberíais haberos centrado en garantizar que los Senadores se desplazaban de forma segura —dijo Dovel—. ¿Qué ocurrirá entonces con los demás rehenes? ¿Acaso quieres explicarles a sus familias que les han eliminado porque organizaste una gran movilización para salvar a un político?

Niner aguardó un momento, con una paciencia pacífica pero engañosa. Cuando lo conoció, Fi ya le había colgado la etiqueta de amargado, pero ahora le parecía una persona firme y tranquilizadora, exactamente como debe de ser un sargento.

—Caballeros, aclaremos qué aspectos de nuestro entrenamiento debemos aplicar. Entramos y sacamos a los rehenes por los medios necesarios. No pedimos identificación, eliminamos a los objetivos, no prestamos atención a los daños que podamos ocasionar en el mobiliario. En el momento en que nos envías allí, no hay oportunidad de acabar con un

final feliz. —Entonces, se detuvo unos segundos para comprobar si sus palabras habían surtido efecto—. Así pues, caminaremos por allí dentro y amañaremos los interruptores de electricidad y luz, y lo demás consistirá en llamarnos cuando estés preparado para entrar en acción.

Atin sacó de su mochila un par de cámaras que abultaban menos que una hoja de papel de copia. Fi encendió el comlink interno de su casco.

—¿Crees que se trata de auténticos terroristas o de agentes del gobierno de Haruun Kal que suben la apuesta?

Atin se encogió de hombros.

—Me trae sin cuidado mientras caigan cuando les disparemos.

Las instrucciones de la brigada estaban claras y Fi se alegraba de no ser Obrim o Dovel.

Avance de Holonoticias, 17:00 horas: *La familia de una pareja de ancianos retenida junto con el Senador Tills ha hecho pública una súplica muy emotiva en pro de la liberación segura de sus parientes. En el momento de su captura, Joz y Cira Larutur, procedentes de Garqi, se disponían a visitar a su primer nieto. Hemos recibido informaciones de que entre los rehenes se encuentran el oficial de aduanas Berin Bňaian y el ayudante del Senador Vun Merett Jai, aunque la identidad de los otros seis rehenes sigue siendo desconocida.*

Obrim hablaba por el comlink con Nurrin-Ar en un tono muy estudiado mientras la brigada Omega escuchaba. Fi estaba muy concentrado en los sonidos de fondo, con una intensidad propia de alguien que se ha educado en un entorno en que todo el mundo tiene el mismo aspecto y emite los mismos sonidos, a excepción de las variaciones mínimas en el tono y en la expresión.

De pronto, escuchó cómo una voz femenina decía: «Oh, Joz… oh, Joz…» una y otra vez en un tono casi inaudible. De vez en cuando percibía una respuesta con el mismo volumen procedente de un anciano. «No te preocupes».

Aquella situación le hizo sentirse incómodo, sin saber exactamente por qué motivo.

Obrim suspiró.

—Acaba de llegar el Jedi.

A Fi se le revolvió el estómago cuando vio el visor rojo característico de un capitán de los Comandos Avanzados de Reconocimiento entre los sucios cascos blancos de la línea de las Fuerzas de Seguridad de Coruscant (FSC). La línea desaparecía entre los CAR: detrás de él se percibía una figura humana que vestía un traje impecable, un joven Jedi TwiÍek, y…

…un hombrecillo desaliñado y enjuto que aparentaba la edad suficiente como para parecer el padre de todos los que allí estaban, un hombre con tantas arrugas en la cara con en su ropa, con el pelo canoso y una cojera que no le impedía hacerse con la calle como si de un odupiendo de carreras se tratara.

—¡Sargento! —dijo Fi.

De repente, Niner sacudió la cabeza.

—¡Es él!

Kal Skirata los alcanzó una zancada por delante del capitán CAR. Al reconocer a Fi, le sonrió, pero resultaba imposible. Contaba con cientos de jóvenes soldados de comandos en sus filas. No podría acordarse, como tampoco podía ver pasar el visor.

—¿Quién ha permitido el acceso a este vagabundo? —preguntó Obrim.

—Ése —dijo Fi—, es el hombre que nos enseñó todo lo que sabemos.

Obrim suspró.

—En ese caso, estamos apañados.

Fi se tocó el casco con los dedos, incluso teniendo en cuenta que Skirata no llevaba el uniforme.

—Sargento, ¿qué está haciendo aquí?

—Allá donde hay problemas, Fi, siempre hay trabajo para mí. Ahora como asesor especial de seguridad. —Oh, él ya lo sabía. ¿Cómo? ¿Cómo?— Bonita coraza. ¿Tienes una cita? ¿Y quién es él?

Fi siguió la mirada de Skirata.

—Este es Atin. Espera un momento, ¿cómo puedes…?

—Compañeros, este es el Maestro Kaim y el Responsable de Asuntos Públicos del Senador, Mar Rugeyan. —Fi percibió cómo Obrim suspiraba de nuevo—. Y CAR N-11. Todos deseamos alcanzar el mismo objetivo: liberar a los rehenes, eliminar a los terroristas y reestablecer el tráfico. ¡Vayamos a por ellos!

Kaim tenía el aspecto de un jovencito al que la responsabilidad le ha hecho madurar de repente. Dirigió la mirada hacia la puerta situada detrás de las barricadas y cerró los ojos un instante, el lekku se movió ligeramente y se dieron un apretón de manos delante de él.

—Les voy a pedir que me dejen entrar para hablar —dijo Kaim—. Cuando haya atraído su atención, les ayudaré a decidir que deben liberar a los rehenes y hablar conmigo, lo cual no resultará sencillo con Korunnai. —Sacó su sable de luz de la capa y se lo entregó al CAR—. Tengo que mostrar buena voluntad y entrar ahí desarmado.

—Estás loco —dijo Obrim—. Les estás entregando otro rehén.

—Sí, uno con opciones —dijo Kaim—. Capitán, si entro, tú asumes el mando aquí.

El capitán tan sólo asintió una vez. Atin cogió las cámaras y le dio una de ellas a Kaim.

—Si tienes la oportunidad, trata de dejar esto allí, sea en el lugar que sea. A pesar de que no podamos hacernos con las imágenes, siempre podemos conseguir el sonido.

Kaim examinó el dispositivo, lo amarró a la manga de su camisa y se quitó el comlink.

—Nurrim-Ar, ¿me oyes? ¿Me dejas entrar y así podemos hablar?

Los crujidos simultáneos chunk y uuiirrrrr de 20 blaster de servicio accionados al mismo tiempo hicieron que Fi se girara y apuntara a tiempo para ver cómo empezaban a separarse las puertas de la aduana. Durante un instante, los comandos se convirtieron en

una pared de rifles junto a las dos fuerzas de policía. Poco a poco, el pequeño espacio entre las escopetas se fue agrandando lo suficiente para que Fi viera unas cuantas siluetas apiladas allí dentro.

Kaim caminó hasta entrar.

Edificio de la terminal del puerto espacial GC, 17:45 horas.

Fi podía ver y oír todo lo que Atin veía y oía. La brigada había conectado la cámara a sus cascos y todos estaban concentrados en las imágenes poco nítidas y en la conversación entrecortada, pero audible.

—Deja marchar a todas estas personas —dijo Kaim—. No queréis hacerles ningún daño.

—Y sin duda, no querrás hacer daño a Korunnai; sin embargo, tu intervención no hace más que estorbar. —La imagen de la cámara cambió de repente y fue entonces cuando Fi vio figuras deformadas a causa de la lente de ángulo ancho: cuatro hombres, uno de gris, otro de verde oscuro, uno de marrón claro y otro con un abrigo marrón oscuro bastante holgado. Y todos ellos permanecerían con la cara oculta tras bufandas negras. Detrás de ellos había algunas figuras, dos grupos de tres, que también se cubrían la cabeza con las mismas bufandas. Aquellos eran los rehenes, a juzgar por su postura, acurrucados, y por la ropa que vestían: modelos anticuados de Garqi, un traje de negocios, un uniforme de aduanas, una túnica formal de Senador de Mon Calamari y una imitación barata del mismo.

—Estupendo —pensó Fi. Su casco estaba grabando todo—. No necesito veros la cara. Sé qué ropa vestís, cómo os movéis, qué sonidos emitís y así sabré quiénes sois cuando os vuele la tapa de los sesos.

La voz de Kaim era tranquilizadora y razonable.

—Esta gente necesita comer y beber.

—Eso es lo que menos les preocupa —dijo el hombre de gris, y Fi se concentró en su voz. El que iba de marrón claro se giró, miró al Senador y le pidió que se callara. El hombre de verde llevaba un blaster en la mano izquierda. Un detalle—. Mira qué llevan de equipaje.

El hombre de marrón claro (Fi se dio cuenta de que los objetivos llevaban un código de colores) agarró al viejo de Garqi por el hombro y lo arrastró de espaldas a lo largo de la pared recubierta de azulejos. La anciana gimoteaba, presa del terror. Fi se percató de qué quería decir el hombre de gris al decir «equipaje»: los rehenes llevaban un pequeño paquete atado.

—Seis vidas es un alto precio, Jedi —dijo el hombre de gris—. Vamos a detonar los explosivos.

—Esto no os va a reportar compasión, sino clemencia.

—No necesitamos compasión. Tan sólo tu conformidad.

—Liberad al menos a la pareja de ancianos.

Entonces hubo una pausa. Fi no sabía a ciencia cierta en qué lugar Kaim se las había ingeniado para colocar la cámara, pero de repente la cara del hombre de gris se acercó cada vez más hasta que Fi vio dos ojos pálidos que le miraban directamente.

—¡Jedi embustero! ¡Inmundicia, espía! —dijo a gritos el hombre de gris, y entonces la imagen se congeló y luego la pantalla quedó en negro.

—Fierfek… —dijo Atin.

A continuación oyeron un grito, pero no sólo de la anciana. Entonces, se produjo un ruido sordo y alguien gritando:

—¡Cállate, cállate, cállate o morirás! —Entonces se hizo el silencio.

Fi miró al capitán CAR, apuntando con el rifle hacia las puertas. Darman elevó los detonadores remotos con el guante, que representaba una solicitud tácita de autorización para detonar las puertas.

—No dispares —dijo el capitán CAR.

Las puertas empezaron a separarse mientras Fi, Atin y Niner mantenían sus Decés en el espacio cada vez más ancho. Fi podía apreciar las diferentes visualizaciones a través de los alcances de su dispositivo de visualización.

—¡He dicho que no disparéis!

Algo resonó en el mármol pulido y empezó a rodar, de manera que las puertas volvieron a cerrarse. Era Kaim. Fi y Niner fueron acercándose en primer lugar, con la policía siguiéndoles muy de cerca. Fi se preguntaba hasta qué punto podían ver las cámaras aéreas y los droides de retransmisión. ¿Podrían verles?

Kaim permanecía inmóvil. Niner tendió la mano con precaución para poder agarrar la túnica del Jedi. Mientras tanto, Fi percibió un rayo de luz y oyó cómo Niner retenía la respiración.

—Trampa de bobos… ¡Comencemos la cuenta atrás!

Fi no pensó.

Los agentes de policía estaban justo encima de él, sin protección alguna.

Se abalanzó sobre el cuerpo de Kaim, con los ojos bien cerrados para evitar ver la cara destrozada, esperando durante largas fracciones de segundo para que la onda expansiva le despidiera como a un peso muerto. Entonces, un ruido sordo invadió su casco. Se sentía como si le hubieran agitado dentro de una gran caja de metal. Durante un instante, veía una luz roja al cerrar los ojos.

No era capaz de calcular cuánto tiempo había transcurrido. Sin embargo, pudo oír al capitán CAR que gritaba:

—¡Droide, esas cámaras! ¡Venga, ahora!

Podía oír gritos, de manera que todavía seguía con vida. Ya era algo positivo.



Avance de Holonoticias, 17:58 horas: *El grupo de Haruun Kal que retiene al Senador Tills ha asesinado a un negociador Jedi. Todas las cámaras con las que contamos en el lugar han quedado inhabilitadas a causa de bloqueo informativo. No obstante, hemos sido testigos de unas escenas sobrecogedoras ya que nos encontramos ante los restos de la trampa y posterior explosión de que ha sido víctima el Jedi en la terminal. Al parecer un miembro de élite del Comando de la República ha amortiguado la explosión con su cuerpo. Les informamos de que las imágenes siguientes pueden herir la sensibilidad de los espectadores.*

—¿Qué dices que usas en lugar de cerebro, Fi? —gritó Skirata, apoyándose en los hombros de Fi—. Eres di'kut.

Fi sentía que tenía todo el cuerpo magullado, pero finalmente consiguió incorporarse, aunque con cierta dificultad.

—Gracias por preocuparse, Sargento. Estoy bien.

—Confías en esa coraza mucho más de lo que yo confiaría. —De repente, Skirata le sacudió con violencia agarrándole por el hombro—. No vuelvas a asustarme de esa manera, ¿has entendido? Dejemos que los policías se cuiden solos.

No había sido un gran dispositivo, tan sólo lo justo para eliminar o lisiar a unas cuantas personas, pero no lo suficiente para quebrar la coraza de Katarn. Había contenido la explosión y la metralla que expulsó. En ese momento, Fi no estaba seguro al 100% de que la coraza absorbería la energía de la explosión y, ahora que la adrenalina había dejado de circular por sus venas, se sentía débil.

El capitán CAR lo observó unos segundos, con los puños colocados en la cadera.

Skirata seguía llamándole Ordo: Skirata insistía en que las personas tenían nombres, no números, al margen de lo que dijeran las normas.

—Buen movimiento —dijo Ordo.

—Bonita falda —indicó Fi refiriéndose a las polainas a modo de cinturón que llevaban las marcas de la batalla, deshilachadas por la costura como si se tratara de una bandera que se ha dejado abandonada en el mástil. Empezó a limpiarse la coraza, en un intento de olvidar lo que había caído en la aleación de plastoide. Sin embargo, el hedor le hacía recordar—. No le queda nada mal. ¿Se lava a mano?

La expresión de Ordo permanecía oculta tras el visor, pero no el tono de su voz.

—Es un kama —dijo con frialdad.

—Algún día, Fi, alguien te arreará un mamporro —respondió Atin entre dientes—. Y lo más probable es que sea Ordo.



Y tenía razón. Pero Fi no conocía más métodos de contener la risa en situaciones como aquella. Así podía controlarlo. Se sentía aliviado y sorprendido, y ahora era el momento de ponerse manos a la obra. Se inclinó sobre su Decé hasta alcanzar los pies y se dio cuenta de que las cámaras y los droides ya no estaban allí; las imágenes iluminadas de la terminal eran tan sólo pantallas negras y la luz ámbar de emergencia estaba encendida.

Así pues, Ordo había desplegado un dispositivo electromagnético para suprimir las holocámaras y había sacado todo el equipamiento desprotegido que acompañaba al dispositivo. Era un proceder de droides, extraño, pero necesario, pensó Fi, teniendo en cuenta que podría haber hecho explosionar cualquier clase de explosivos que la banda hubiera amañado. Se conectó al casco de Niner y vio que estaba reproduciendo una y otra vez las imágenes de la banda que Kaim había pagado con su vida, tratando de memorizar los detalles más significativos.

Rugeyan miraba todos los rincones del vestíbulo de la terminal y hablaba por su comlink: era la personificación de una figura calculadora.

—De acuerdo, de manera que tendremos que celebrar las conferencias de prensa en la Cámara… si hay más cuerpos, los sacaremos por detrás de… Ya lo sé, no resulta agradable ver partes del cuerpo de un Jedi… el gruñido fue fantástico, ¿verdad?

Ordo y Skirata se miraron como si de la nada hubiera surgido una especie de vínculo entre ellos. Fi se preguntaba si tendrían algún comlink propio: de vez en cuando, Skirata le ponía algo en la oreja y se lo volvía a quitar. Ordo ladeó la cabeza, pero Skirata sonrió levemente y sin sentido del humor. Se dirigió hacia Rugeyan y le puso una mano con cicatrices en la manga de su preciosa túnica.

—Hijo —exclamó—. No he podido evitar oír que llamáis «gruñidos» a mis chicos. Que no se vuelva a repetir, ¿entendido?

Rugeyan miró a Skirata como si se hubiera dado cuenta en ese momento de que estaba ahí y se retiró del comlink.

—Queremos que el Senador salga sano y salvo ahora. Esa es la prioridad.

—Me alegro de que me hayas dicho esto. —Fi no pudo ver qué era lo próximo que hacía Skirata, pero dejó caer el brazo y de repente parecía que Rugeyan le prestaba mucha atención. Los ojos se le salían visiblemente de las órbitas y emitió un leve uh.

—Ahora que he logrado captar tu atención, te sugiero que te retires de este incidente y permitas que el Capitán Ordo y mis chicos hagan su trabajo.

Fi se quedó boquiabierto. Darman corrió veloz hasta el lugar.

—Munición a punto, Sargento. Estamos preparados.

El brazo de Skirata volvió a caer sobre su costado y Rugeyan inspiró profundamente antes de cepillar su túnica y se fue dando grandes zancadas.

—Recuerdo ese movimiento —dijo Atin con tono de aprobación—. Vau nunca nos enseñó nada parecido.

Sin embargo, Fi sabía que efectivamente Vau había enseñado a Atin los procedimientos precisos para irrumpir en un edificio. Eso sí, se preguntaba si sería el mismo caso de Ordo. Los CAR no eran precisamente amantes del trabajo en equipo.

—¿Le apetece un poco de acción para variar un poco, Capitán? —preguntó Fi—. ¿Vas a dar el día libre a tu Decé?

—No te preocupes, si la suerte te sigue sonriendo, estaré justo delante de ti —dijo Ordo, con un tono inexpresivo—. En caso contrario, estaré detrás de ti.

Fi se quedó unos instantes pensando en eso. Entonces, empezó a preguntarse de nuevo por qué Nuriim-Ar y sus colegas no habían raptado a los rehenes en el vehículo antes de que aterrizara; se trataba de una ubicación mejor para resistir un asalto. Esos bobos se estaban enfrentando a la muerte: no conseguirían cambiar la posición del Senador. Y debían de ser muy estúpidos para no darse cuenta de ello.

Al fin y al cabo, su nivel de inteligencia no importaba demasiado. Comprobó su Decé, ensayó el cambio rápido de modo, consciente de que Ordo le estaba observando.

Avance de Holonoticias, 18:30 horas: *El gobierno de Haruun Kal ha negado tener conocimiento de Nuriin-Ar, el líder del grupo que retiene a seis rehenes en el puerto espacial de la Ciudad Galáctica. Sin embargo, en lo que se consideran declaraciones hostiles, la embajadora de Korunnai ha afirmado que «comprende a*

la perfección las frustraciones del grupo» y ha instado a la República a abandonar sus incursiones en asuntos de su planeta.

Uno de los oficiales FSC trajo una bandeja de café en unas tazas de aspecto endeble y ofreció una a Fi en primer lugar. Y aquí surgía un elemento de camaradería que parecía agradar a Fi. Los agentes de policía parecían intimidados ante lo que había hecho y a partir de entonces se dio cuenta de que uno se siente bien cuando le tienen en cuenta en ese sentido.

—¿Una galleta? —dijo Skirata con tono amable y cogió una taza.

Los miembros de la brigada se sacaron los cascos para beber. El oficial mostró un aire distraído durante un instante, y se quedó ensimismado mirándoles.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

—No esperes que te demos una propina —dijo Skirata. Fi le sonrió.

Obrim y Dovel estaban observando a cierta distancia y el grupo miraba fijamente el holograma de la terminal que Ordo proyectaba en el espacio que les separaba.

—Es una sala alargada —dijo Skirata y sorbió de su taza de café—. No hay lugar para acciones de gran estrategia. Tan sólo será cuestión de velocidad, fuerza y saber qué vamos a hacer una vez dentro.

—¿Pero cómo vamos a evitar que accionen los dispositivos? —preguntó Dovel.

—Atacándoles antes de que puedan reaccionar —dijo Niner—. Hemos hecho esto más de cien veces y sabemos de sobra la manera de pensar de cada uno. En su caso, es posible que se trate de la primera vez.

—Y la última. —Ordo metió la mano en el guante y se dirigió al espacio virtual del tejado del vestíbulo de la aduana—. Yo iré al tejado y mantendré en silencio a los rehenes hasta que consigamos desactivar la bomba y enfrentarnos a los dispositivos.

—¿Todos los rehenes? —dijo Obrim.

—Entiendo que el Senador es prioritario.

Dovel no cesaba de morderse el labio, mostrando claramente que no quería más supremacía en ese incidente. Fi pensó que se trataba de un buen cambio de opinión. Si algo iba mal, sabía a quién culparían.

Ordo se levantó y preparó su cuerda de rappel antes de apretársela al cinturón.

—Me colocaré en posición —dijo—. Y voy a conectarme al canal general del comlink. Entramos a las 19:15 horas. Darman se encargará de la cuenta atrás y Obrim de las luces, ¿de acuerdo?

De pronto, el comunicador de Dovel sonó. Contestó la llamada y adoptó esa mirada de media distancia que suele tener la gente cuando intenta concentrarse en algo que no esperaba oír.

—Es Nuriin-Ar —dijo—. Está pidiendo cubos, comida y agua.

—Ah, he aquí el poder de la necesidad de un refresco —dijo Obrim—. Parece que esos tíos duros se están ablandando.

—Incluso la gente que planea asesinatos necesita hacer turnos —dijo Skirata.

—Espera, te ayudaré a meter eso.

—Creo que yo tendría que encargarme de eso, Sargento —dijo Ordo.

—Sí, debe de ser que han sucumbido a tus encantos naturales —dijo Skirata y empezó a buscar en los bolsillos de su chaqueta, llena de arrugas. Entonces sacó algo que parecía un audífono. No, en realidad era un audífono. Fi siempre había dudado que la capacidad auditiva de Skirata fuera perfecta y ahora lo confirmaba.

—Atin, ¿puedes captar la señal del audífono? Odio este aparato, aunque es bastante útil.

—Sí, esto funcionará —dijo Atin, y pulsó un pequeño receptor que tenía en la palma de la mano—. ¿Realmente eres sordo?

—Sí, un poco. La misma sordera que sufrirás tú si permanecieras demasiado tiempo sin casco en un fuego cruzado.

—Con todos mis respetos, yo creo que estás añadiendo una complicación más —dijo Ordo.

Skirata sorbió de su taza de café sin alzar la mirada.

—Si lo que insinúas es que mis chicos tendrán que preocuparse por si me disparan accidentalmente, no hay ningún problema. No deben preocuparse, se trataría de daños colaterales.

De pronto se produjo un silencio absoluto en los comlinks de los cascos de todos ellos que duró unos instantes breves, pero muy reveladores: no se oían ni respiraciones, ni el tragar saliva ni el lamerse los labios. Fi tenía ante sí una imagen mental tan horrenda que no gozaba reaccionar, no en ese momento.

Ahora todo el procedimiento estaba bien ensayado. La munición detonaría y las explosiones se sucederían tan rápidamente las unas tras las otras que parecería que se producían en el mismo segundo y provocaría reacciones tan automáticas que no habría tiempo para pensar el paso siguiente o hacerse una idea del tiempo que había transcurrido.

Fi estaba deseando que llegase el momento en que el instinto y el entrenamiento volvieran a fundirse en un solo sentimiento.

—Voy a daros las máximas pistas posibles, de manera que escucharme con atención —dijo Skirata. Mientras hablaba, jugueteaba con su audífono y hacía los mismos ruidos irritantes que Niner—. Si cuando entréis yo estoy en vuestra trayectoria, será terrible, ¿entendido? Debéis eliminarlos a todos, aunque tengáis que alcanzarme a mí también si es necesario.

—Entendido, Sargento —dijo Fi, sabiendo que jamás haría algo de ese tipo.

Terminal de la Cuidad Galáctica, 18:55 horas.

Las puertas se separaron. Fi, que se encontraba bastante retrasado, observando el alcance del Decé, y aunque no tenía planeado disparar, de todas formas estaba en guardia. Skirata dio dos pasos hacia delante.

—Una tabla de comida a la brasa —dijo con las armas alejadas del costado, insinuando una imagen de sumisión—. Y…umm… unas instalaciones.

Fi le vio pasar hasta llegar al pasillo siguiente: los rehenes seguían divididos en dos grupos. Uno de los objetivos se acercó a Skirata y le colocó en la frente la punta de su blaster.

—El hombre de verde —pensó Fi, y trató de memorizar el modo de caminar del objetivo. Podía disparar y acertar sin duda, pero no en ese preciso momento. La señal de sonido no era del todo clara, aunque suficientemente audible.

—Deja los cubos en el suelo y aléjate.

Skirata, con su escasa estatura y su aire enjuto e indiferente, arrastraba la pierna izquierda y tenía el mismo aspecto que un conserje. Fi sabía que el hombre de verde no vería qué estaba pasando.

—¿Qué pasa con la pareja de ancianos? —dijo Skirata—. ¿No crees que ya han sufrido bastante? ¿Por qué no les dejáis marchar? Capturadme a mí en su lugar.

Sigue. Sigue, déjale entrar…

El hombre de verde se detuvo e hizo un gesto con su arma para que entrara.

—Podrás hacerles compañía —dijo—. Eres demasiado altruista para ser mensajero. Será mejor que te registremos.

Las puertas se cerraron.

—Espera —dijo Niner.

Se colocaron en posición a ambos lados de las puertas: Fi y Niner a la izquierda, Atin y Darman a la derecha. Podían sentir la respiración de Skirata, a pesar de que se notaba que la controlaba en esas circunstancias, y el ruido ocasional del tejido de su ropa. En esos momentos le estaban cacheando. Al parecer el audífono no le llamó la atención; sin embargo, el dispositivo era demasiado evidente.

—Señora, ¿está usted bien? —dijo la voz de Skirata. Se oyó una respuesta entre dientes, probablemente de la mujer de Garqi—. Túmbese, así se encontrará mejor.

—Cállate —se oyó que decía una nueva voz—. El hombre de marrón, claro —pensó Fi: había conocido esa voz la siguiente vez que la había oído—. Ya le llegará su turno. No es nada personal, tan sólo profesional.

De nuevo, se oyeron las voces de Skirata y de los objetivos. Fi se detuvo, cada palabra era importante: probablemente Skirata estaba arriesgando su vida o al menos se arriesgaba a que le golpearan en la boca con el extremo del blaster para evitar que hablara.

—Escucha, hijo, déjame echar un vistazo a ese cronómetro que llevar ahí… Caramba, debe de haberte costado un riñón… ¿En qué trabajas? ¿De dónde eres? Mayro, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Silencio.

—Mayro. Nunca he estado allí… eres Nźaet Nir, ¿verdad?

—Cállate —dijo el hombre de marrón.

—De acuerdo, no te alteres. Me sentaré aquí con Joz y Cira… estás bien, ¿verdad? No te preocupes.

—Cállate, Thwack.

Se olían diferentes sonidos del tejido y algunos sollozos y respiraciones de diferentes personas. Fi trató de no pensar en qué sería el thwack, pero al menos le habían puesto nombre al último rehén. Podría ser importante.

Cerró los ojos unos momentos y visualizó la imagen. Seguramente Skirata estaría cerca de tres rehenes, lo cual significaba que la posición del Senador Hill y la de su asesor seguían siendo desconocidas. No obstante, ya era un dato positivo.

—¿Por qué ha repetido Mayro? —preguntó Darman—. ¿Dónde está Mayro?

De pronto la voz de Niner inundó su cráneo.

—Es el Sector Corporativo. Ordo, ¿estás preparado?

Fi respiró profundamente y activó el piloto de su casco para comprobar el cronómetro en la placa que llevaba en el antebrazo. Cuando las puertas explosionaron, lo suficientemente brillante y fuerte para que dejara atónitos a la mayoría de especies durante los primeros segundos, y Niner voló con ella, hizo un giro de 270 grados hacia su izquierda, entró y apuntó con la intención de eliminar el primer objetivo reconocible que se cruzara en su camino, una tarea que ya había hecho en bastantes ocasiones.

—Equipo al tejado, preparado —dijo Ordo—. ¿Darman?

—Preparado. —Darman levantó el puñó—. A la de tres. Uno, dos… ¡Tres!

¡Boom!

La luz de la explosión sobresalió el límite de las puertas hechas añicos y Fi corrió en esa dirección con el Decé levantado. El tiempo pareció detenerse como si de una secuencia congelada se tratase. Un hombre que vestía una túnica verde estaba atónito, intentaba levantar su blaster y gritó «¡No!» con una voz que Fi había memorizado como objetivo. Inmediatamente Fi le colocó su arma en el pecho. Entonces empezaron a parpadear y entrecruzarse haces de luz en la sala. Debris descendió del tejado mientras Ordo cayó justo a unos metros de Fi. Atin tumbó al hombre de gris de dos disparos.

Entonces se produjo un segundo de silencio absoluto. De pronto, alguien vestido de marrón oscuro se levantó del suelo y Darman y Niner dispararon al tiempo.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡Al suelo! —dijo Ordo, que apuntaba con su rifle a un grupo de rehenes—. ¡Todos quietos! ¡Fuerzas de la República! —Y, mientras tanto, Darman gritaba—: ¿Dónde está el hombre de marrón claro? ¿Dónde está?

Fi vio cómo la luz de su piloto recorría la pared hacia la izquierda y a continuación una luz marrón proyectaba la silueta de Skirata, que en ese momento gritaba:

—¡No, Fi, no! —Fi notó cómo su dedo se disponía a apretar el gatillo sin la intervención de su mente y creyó que el tiempo se detenía eternamente.

—¡Fi, no! —dijo Skirata, que se había cruzado con la silueta del abrigo marrón claro.

—¡Es un rehén, Fi! ¡No dispares!

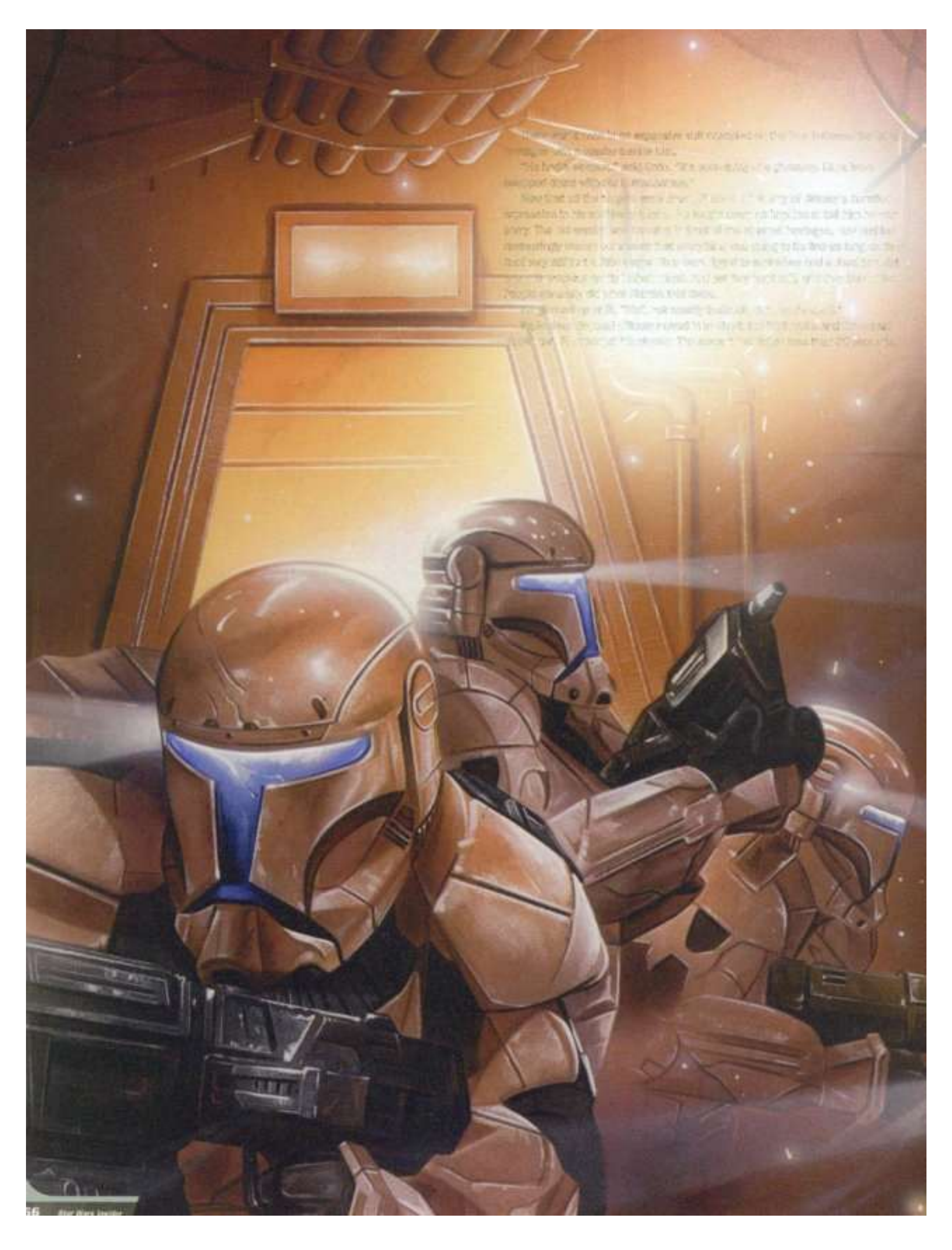
El dedo de Fi se detuvo. De nuevo se produjo un silencio total, roto tan sólo ante el golpeteo de los paneles del techo que seguían cayendo a trozos sobre el suelo cubierto de azulejos.

—Casi le mato, casi mato a Skirata.

Ordo, que se encontraba delante de los rehenes, de pronto disparó su Decé contra uno de ellos y les ordenó a voces que estuvieran quietos. La luz de emergencia empezó a parpadear de nuevo. Seis civiles estaban aterrados.

—Fierfek —dijo Atin—. Por un momento creía que había disparado a un rehén.

—Deshazte de toda la artillería antes de que toda esta gente se ponga a gritar de histeria —dijo Ordo—. Y consigue que liberen al Senador en primer lugar.



Había un hombre que vestía un traje caro, estirado en el suelo entre los demás rehenes y con un rifle al lado.

—Tenía un arma —dijo Ordo—. Se lo han regalado. Debe de haberse cambiado el traje con nuestro hombre de negocios.

Ahora que todos los objetivos estaban eliminados, Fi sólo podía pensar en la expresión de terror que Skirata tenía al ver que le apuntaba con el haz de luz. Sin embargo, reprimió el impulso de disculparse. El viejo guerrero estaba de rodillas delante de los rehenes que, con aspecto atónito, comentaban con aire alegre y tranquilizador que todo iba a salir bien si permanecían callados algún tiempo más.

Todos ellos tenían restos de explosivos y cerca de ellos el cuerpo de un terrorista todavía desprendía algo de humo. A pesar de todo, los rehenes permanecían quietos y en silencio. Por lo general, todos ellos hacían lo que Skirata les decía.

Entonces Skirata miró a Fi.

—Bueno, no es que se trate de una técnica de manual, pero la muerte es la muerte.

Los oficiales encargados de recoger los explosivos fueron a comprobar las mochilas y la brigada se retiró. Fi miró su cronómetro: el asalto había durado menos de 30 segundos. Podía sentir cómo la adrenalina fluía por su cuerpo que, por mucho entrenamiento que realizara, intentaba afrontar las repercusiones del esfuerzo realizado. Su propia respiración le resonaba en los oídos mientras se sentaba.

—Despejado. —El oficial encargado de los explosivos salió del pasillo con una mochila abierta que hacía ruido cada vez que daba un paso—. Totalmente despejado. Estas bolsas sólo contienen componentes usados de comlinks. Nos han engañado.

Skirata caminó hasta Fi y se sentó a su lado.

—No nos gustan este tipo de bromas, ¿verdad, chicos? —dijo. Hizo el ademán de quitarse el casco—. Esa panda de di'kute se lo tiene muy merecido.

Obrim miró hacia las puertas, totalmente destrozadas, con aspecto desconcertado.

—¿Eso es todo? —dijo—. ¿Nos pasamos más allá de las horas hablando sobre esto y os cargáis la sala en sesenta segundos?

—Veinte —dijo Fi automáticamente.

Todo parecía tranquilo en el exterior y probablemente habría tenido mejor aspecto para las holocámaras. Fi sólo podía pensar que había faltado muy poco para hacer algo que creía que nunca sería capaz de hacer. Si Skirata no hubiera identificado al hombre como rehén, Fi podría haber matado a ambos de un solo disparo.

—El Sargento Kal es prácticamente un padre para nosotros —pensó.

Entonces, se quitó el casco y se pasó la mano por la frente, todavía incapaz de eliminar de la mente la imagen de Skirata.

—Faltó muy poco para que me dieras, ¿eh? —dijo el viejo sargento con voz ronca.

—Sargento, lo siento, yo…

—Tranquilo, eres un buen chico. —Parecía que pudiera leer cada pensamiento de Fi, igual que mientras le entrenaba—. Tan sólo te limitaste a seguir lo que te había enseñado. ¿Qué dije?

Fi tragó saliva.

—La prioridad es eliminar al contrincante, Sargento.

—Bien. Me siento orgulloso de ti. Los sentimentalismos pueden matarte. —El sargento le dio unos cuantos cachetes amables a Fi en la mejilla—. Y ese hombre de allí es mucho más afortunado que todos nosotros. Supongo que le hicieron cambiarse ropa por alguna buena razón. Forma parte del Sector Corporativo.

El hombre de negocios, Nźaet Nir, todavía estaba en la pared, examinando la chaqueta y los pantalones marrón arrugados, como si se sintiera horrorizado de tener que llevar unas ropas tan desgastadas. Por entonces ya debería haberse sometido a una revisión de rutina, pero lo que había dicho le había garantizado estar ahí, esperando. Se dirigió a Obrim.

—Tengo que irme ahora mismo.

—Señor, debería pasar esa revisión.

—Tengo una reunión muy importante. Soy miembro del Direx de la Autoridad del Sector Corporativo y es vital que asista.

—Tan vital como que usted esté de una pieza —dijo Skirata—. Creo que sus colegas de gobierno no encontrarán divertido que le hayamos podido disparar por error, especialmente cuando los explosivos eran un engaño.

Nir parecía haber olvidado el terror que había sentido unos minutos antes.

—No, no lo encontrarían divertido. Espero no estar en medio de vuestros conflictos con los Separatistas. ¿Me puede devolver mi traje? Además, ¿quién pagará los daños?

Fi pensó que un «gracias» sería un buen detalle, pero se dio cuenta de que se había perdido algo en el momento en que Obrim y Skirata se miraron.

Niner caminó hacia ellos y Ordo le seguía. Ninguno de los dos parecía que nada les dejara temblando.

—¿Qué me he perdido?

—No era el Senador —dijo Obrim—. El Senador no era el rehén clave. Era un cebo para que asaltásemos el lugar y matáramos a la baza real que guardaban.

—¿Quiere explicar esto, Sargento?

Skirata se rascó la cabeza.

—La Autoridad del Sector Corporativo es neutral y el Direx es su organismo de gobierno. Tiene en su poder grandes sumas de diseño y armamento, de manera que no debemos hacer que se enfaden. Así pues, si Fi hubiera disparado a un miembro del Direx, las consecuencias políticas habrían sido de enormes proporciones: el Sector Corporativo habría tenido que decidirse por un bando y probablemente pondría su dinero y sus armas del lado de los Separatistas. ¿Queréis que continúe?

—Fierfek —dijo Fi. Pero no se sintió tan cerca de acertar como casi de eliminar a Skirata—. Algo nuevo para el manual de entrenamiento.

—Tú mismo lo has dicho. Los radicales de la República reaccionan de forma exagerada, protagonizan un asalto y matan a un miembro destacado del Sector Corporativo. Menuda proeza, sea quien sea.

Obrim se encogió de hombros.

—Bueno, puedes dormir profundamente esta noche sabiendo que le has dado a una buena lección de relaciones públicas a Rugeyan. Aunque es una lástima que no lo retransmitieran en directo en RHN…

Entonces Ordo dejó de hablar y se quitó el casco. Por alguna razón, Fi no esperaba que el CAR tuviera el mismo aspecto que ellos, pero, evidentemente, si lo tenía. Miró a Fi fijamente a los ojos: no era como mirarse en un espejo, aunque la similitud era lo suficientemente sorprendente como para mantener a Obrim en silencio absoluto.

—Se supone que no debemos estar en el candelero —dijo Ordo, mientras miraba atento a Fi—. Pero tampoco hace ningún mal a los ciudadanos de la República saber qué hacemos. Y tú, Fi, eres un fanfarrón molesto y demasiado valiente. Te perdono por esta vez por lo del kama. Pero sólo esta vez.

Fi no se sentía valiente, no en ese momento. Por otro lado, se preguntaba si reprimir la explosión de la bomba había sido más valeroso que las acciones del Maestro Kaim. Fue puro producto del entrenamiento, una decisión del momento exactamente igual a la de Darman o Atin, o incluso a la de Ordo.

Además, se trataba de otro aspecto que Kal Skirata le había enseñado, y se acordó en ese momento.

> ***Avance de Holonoticias, 19:30 horas:*** *El sitio del puerto espacial de la Ciudad Galáctica ha llegado a su fin con la liberación del Senador Meena Tills y de los rehenes restantes. Las fuerzas del orden galáctico asaltaron el vestíbulo del edificio de la terminal y dispararon mortalmente a cuatro terroristas integrantes de un grupo opositor a la República de Haruun Kal. Gracias a nuestros droides cámara veremos imágenes en directo del lugar.*

Rugeyan se mostraba tan petulante como Obrim esperaba. Al cabo de un rato regresó al vestíbulo de la terminal seguido de periodistas y una nube de cámaras aéreas que rezumaban satisfacción. Obrim le detuvo y le llevaron a un lado, hasta la multitud de comandos y policía que esperaba junto a las puertas destrozadas.

—En primer lugar, deberías saber que los explosivos eran un engaño —dijo el comandante.

Fi no detectaba ni un ápice de expresión en la cara de Rugeyan.

—¿Y…?

—Aparentemente se trataba de un cebo para que provocáramos una revuelta y disparásemos a un miembro del Direx del Sector Corporativo, lo cual no tiene nada que ver con el Senador. No estamos seguros de quién está detrás de todo esto, de manera que será mejor empezar a investigar antes de cantar victoria.

Rugeyan mantuvo durante unos segundos su expresión neutra en silencio.

Entonces, esbozó una sonrisa.

—Comandante, esos matones han retenido a personas inocentes y han asesinado a un Maestro Jedi cuya única preocupación era el bienestar de los rehenes. El Senado no tolera

acciones terroristas de ningún tipo. Nos enfrentamos a los terroristas con firmeza y esta noche hemos demostrado a miles de espectadores lo que le espera a cualquiera que se proponga poner a prueba nuestra determinación. —Y, de pronto, su sonrisa desapareció como si se apagara una luz—. Lo demás son detalles y no debería plantear problemas a nuestros medios de vigilancia.

De nuevo mostró su sonrisa y reculó hacia el lugar en que se encontraban los medios.

—¿Recordará todo eso para las cámaras? —preguntó Fi.

—Seguramente habla así hasta en sus sueños —dijo Obrim—. De todas maneras, sólo tengo ganas de llegar a casa… a menos que os apetezca ir a tomar una copa.

Skirata esbozó una media sonrisa.

—Siempre estamos de servicio, Comandante, de manera que no debemos beber. Pero gracias, nos vamos a casa.

Fi no era capaz de encontrar una broma para la situación: le encantaba la intimidad que le ofrecía el casco.

—Seguramente habría disparado —pensó.

Darman le dio con el codo en la espalda, en un gesto de picardía más que de molestia.

—Nos hemos perdido la cena —dijo—. Quizá podrías hablar con los cocineros para que nos preparasen algo al llegar.

Ordo estaba escuchando por su comlink privado, con la cabeza agachada.

—Un gesto instintivo de los CAR —pensó Fi—. El transporte FSC ya está aquí para llevarnos de vuelta al cuartel —dijo mientras alzaba la mirada—. Debéis estar preparados para un nuevo despliegue mañana a las 06:00 horas, Omega.

Skirata sacudió la cabeza un instante, en un gesto de consternación y esbozó una sonrisa que no ocultaba su nerviosismo.

—Asegúrese de que lo primero que hagan sea cenar como es debido, Capitán.

Señaló con el dedo en dirección al lugar donde ellos se encontraban, luego pareció como si pensara en otra cosa y les dio una palmadita en la espalda.

—Nada de daños en las instalaciones del gobierno, ¿entendido? Algún día tomaremos una copa, os lo prometo.

Guiñó un ojo y avanzó con dificultad entre la multitud y las luces de los vehículos que circulaban por la Ciudad Galáctica, cambiando ante sus ojos de comando oportunista y anciano anónimo, con la misma seguridad que podía cambiar de forma un Gurlanin.

—Nunca he tomado una bebida alcohólica como es debido —dijo Atin—. Ni unos cacahuetes warra.

—Bien, si gozan de libertad, es una buena razón para seguir viviendo —dijo Fi, poniéndose el casco para volver a convertirse en el poder disuasorio definitivo de la República.